

Prólogo. Frente bielorruso, julio de 1941

La fosa que me ordenaron cavar tenía las dimensiones exactas de un ataúd. El oficial soviético las calculó con cuidado. Me midió con una vara, trazó unas líneas en el suelo del bosque y me indicó que cavara. Quería asegurarse de que yo cupiera dentro.

Fui cortando enredaderas y raíces mientras el oficial vigilaba mis movimientos, con mirada atenta e inquietud creciente. Debía de tener mi edad: en el crepúsculo su rostro se veía suave y rosado; su cabello rubio sobresalía por debajo de la gorra como un brote de lino.

—Más rápido —dijo, y me golpeó con un palo en las costillas—. ¡No tenemos toda la noche!

Arranqué frenéticamente los escombros que quedaban y hundí la pala en el suelo negro y blando. La tierra aceitosa se adhería a mis botas y se pegaba a la pala, que yo golpeé contra el terreno. Me imaginé atizando al oficial en la cabeza y me pregunté si alcanzaría a golpearlo antes de que se disparase su pistola, pero él parecía leerme el pensamiento: me apuntaba a la cara con el arma. Clavé la pala en el suelo con más fuerza y rapidez, procurando que los ángulos quedaran rectos y las paredes verticales, como había ordenado el oficial.

A medida que la fosa iba tomando forma a mi alrededor, me imaginé boca abajo, atado y sangrando, con una bala en la nuca.

Imaginé el peso de la tierra sobre mí y las hormigas y los gusanos comiéndose mi carne. No quería morir. No merecía ser ejecutado en secreto.

Había caído la noche. La fosa me llegaba a la cintura.

—Arroja la pala por ahí —me ordenó el oficial.

La lancé hacia fuera de la fosa.

—Silenia, ven aquí un momento. —Un soldado salió del bosque—. Ayúdame a atarlo.

El soldado saltó dentro y tiró de mis brazos hacia atrás con tal fuerza, que por poco me disloca los hombros. Me ató las muñecas y los tobillos, me ordenó arrodillarme y me empujó contra el suelo. La cabeza me daba vueltas. ¿Qué crimen había cometido? Mi batallón, una división de tanques pesados, estaba cubriendo la retirada de otras unidades del ejército cuando, accidentalmente, volqué mi tanque al atravesar un río. Pero aquello era un error, no un crimen; y ya había reparado el tanque y estaba dispuesto a luchar. Era judío polaco, odiaba a los nazis. Alemania había invadido mi patria el año anterior y la Unión Soviética había salvado mi ciudad en el último momento. Seis meses más tarde me llamaron a las filas del Ejército Rojo.

Ahora los nazis estaban por todas partes: en el aire, los caminos y los bosques, invadiendo pueblos soviéticos con tanques, camiones y motocicletas. Era casi seguro que habían ocupado mi ciudad. Me imaginé a mis padres, a mi hermana y a mi joven esposa sentados en el sofá junto a la estufa de leña del salón, el rincón favorito de mi madre. Vi a Taubcia frente a mí, con sus ojos verdes asustados e interrogantes; hacía sólo dos semanas de nuestro primer aniversario. Visualicé a mi madre abrazándola, como me había abrazado a mí cuando partí con el Ejército Rojo, y a mi padre yendo de un lado a otro del despacho, buscando un modo de mantener a salvo a la familia. ¿Seguirían con vida? ¿Ocultos, quizá? ¿O en un gueto judío?

Apoyé la frente en la tierra blanda. Con cada bocanada inhalaba las fragancias del bosque, aromas que conocía muy bien desde niño, cuando salía en busca de setas silvestres. Pensé que había llegado mi

fin. Esperé el disparo, esperé el frío cañón del arma en el cráneo, la bala penetrando el cerebro. No sentí pena por mí mismo, sino sólo por el hecho de que mis seres queridos nunca fueran a encontrar mi tumba. Esperé y esperé... pero no hubo ningún sonido.

Pasó la noche, sin que un atisbo de luna o estrellas iluminara mi oscura envoltura. La noche y la tierra y el sueño y la muerte se habían fundido. Todo era uno.

1. Septiembre de 1939

Temprano por la mañana del 1 de septiembre, un silbido agudo y penetrante, que duró varios segundos y culminó en una atronadora explosión a lo lejos, me arrancó del sueño. Nunca había oído un ruido como aquél: me incorporé de un salto.

El sueño y el terror se disiparon poco a poco, y fui capaz de pensar. La noche anterior, mi familia, mi novia Taubcia, varios amigos y yo nos habíamos quedado despiertos hasta tarde, conversando y escuchando la radio. Mi padre había cerrado temprano la consulta dental y había venido a casa, pálido y nervioso, para decirnos que la invasión nazi era inminente. Uno de sus pacientes le había contado que el mariscal Rydz-Smigly, comandante en jefe de las fuerzas armadas polacas, había puesto en alerta a todas las unidades por si estallaba la guerra contra Alemania.

Nos pasamos la tarde sintonizando las frecuencias de radio de Varsovia, de Francia, de Kiev y de Moscú, y la frecuencia en polaco de la BBC, para seguir las negociaciones entre los gobiernos polaco y alemán. Sobre las siete vinieron unos amigos cercanos. Me visitaban a menudo y, esta vez, traían información reciente sobre la crisis. Mientras cenábamos, el foco de atención pasó de los informes radiofónicos a lo que haríamos si nos invadían los nazis.

El conflicto con Alemania se había agravado en el verano de 1939 y culminó en agosto, cuando ésta dio a Polonia un ultimátum: ceder

la ciudad de Gdansk (Danzig en alemán) y el Corredor Polaco (Corredor de Danzig) o enfrentarse a la invasión. Alemania y Polonia se habían disputado el Corredor de Danzig —un territorio polaco a lo largo del río Vístula que separaba Prusia Oriental de Alemania— desde la Edad Media. Finalizada la primera guerra mundial, Gdansk recibió el estatuto de ciudad libre y Polonia asumió su gobierno administrativo. La asamblea legislativa, con todo, era de mayoría alemana, y después de que Hitler subiera al poder en 1933 se volvió cada vez más hostil a Polonia. En 1939, Hitler exigió que Gdansk y su región aledaña, el Corredor de Danzig, fueran entregadas a Alemania para así anexionarse Prusia Oriental.

Apremiado por la creciente hostilidad de Hitler, el gobierno polaco firmó un tratado de defensa con Inglaterra el 25 de agosto de 1939, con la esperanza de que tal acuerdo, en conjunción con otro contraído antiguamente con Francia, evitara la invasión. Por desgracia, el gobierno polaco, firmemente anticomunista, no se esforzó en lo más mínimo por establecer un pacto con la Unión Soviética. Para finales de agosto, Alemania había desplegado sus fuerzas armadas en la frontera con Polonia. En respuesta, el gobierno polaco reunió secretamente unos setecientos mil soldados, pero no anunció su movilización para no inquietar a la población civil ni arriesgarse a que Alemania declarara la guerra.

Para la población judía, la perspectiva de que los nazis tomaran el poder era especialmente alarmante, aunque las opiniones diferían en cuanto a la probabilidad de que ocurriera tal cosa. Muchos de nuestros amigos creían que Hitler nunca invadiría Polonia, pues aquello conllevaría una guerra con Francia e Inglaterra. Otros creían que, si en efecto Hitler nos invadía, sólo los judíos acaudalados serían perseguidos, y que al resto se nos dejaría en paz. Estas optimistas predicciones pasaban por alto el hecho de que la persecución de los judíos ya estaba en marcha. Desde mediados de los años treinta, la ideología nazi había cruzado la frontera y ya formaba parte del tejido de la vida cotidiana. En las universidades se obligaba a los estudiantes judíos a sentarse o permanecer de pie en el lado izquierdo del aula, y a menudo se los golpeaba y cortaba con

vidrios o cuchillas. Algunos habían sido arrojados desde balcones o ventanas de un segundo piso. Ni la policía ni las autoridades locales intervenían, y tampoco se arrestaba o juzgaba a los culpables.

En 1936, acosado por mis compañeros de clase polacos, me vi obligado a trasladarme de la escuela pública al instituto privado judío. Un boicot generalizado en mi pueblo, Volodímir-Volinski, hizo que se cerraran muchas tiendas y negocios regentados por judíos, y en 1937 le exigieron a mi padre que demostrara la equivalencia de su diploma y su permiso rusos para ejercer la odontología, algo que nunca se había cuestionado desde que empezara a trabajar como dentista en Polonia en 1921. Una y otra vez las autoridades exigieron ver la documentación de la Escuela de Odontología de Cracovia, pese a que ésta había permanecido cerrada desde la Revolución de Octubre.

Mi padre fue el primero de la familia y de nuestro círculo de amigos en darse cuenta de lo que podía ocurrirnos si Hitler nos invadía. En verano de 1939, cuando las intenciones de Hitler se hicieron evidentes, mi padre pasó de ser un hombre optimista y lleno de energía a una figura solitaria consumida por las preocupaciones.

El 31 de agosto, Radio Varsovia dio poca información acerca de la invasión inminente. Prefirió emitir ampulosas marchas militares entremezcladas con comunicados oficiales del gobierno, según los cuales Polonia no se rendiría ante el ultimátum alemán ni abandonaría una sola hectárea de tierra y Francia e Inglaterra la apoyarían si estallaba la guerra. Pero sabíamos que, dado el poder militar de Alemania, Hitler sin duda se anexionaría Gdansk y el Corredor de Danzig. A medida que llegaban más amigos preocupados al piso de mis padres y se apiñaban alrededor de nuestra nueva radio Philips, las únicas cuestiones eran éstas: ¿iba Hitler a querer más territorios polacos? ¿Cómo se protegería Polonia? Y, ¿cómo nos protegeríamos nosotros mismos?

Mi padre encendió un cigarrillo con la colilla del que estaba fumando, se puso en pie y fue hasta la ventana. Le temblaban las manos. Nunca lo había visto tan nervioso.

—Lo que dicen en la radio es pura propaganda —dijo, dando caladas a su cigarrillo—. El gobierno sabe que no podemos impedir que Hitler nos invada, y me aterra pensar en lo que pueda pasarnos cuando veo lo que ya les está ocurriendo a los judíos de Alemania.

Soltó estas palabras en un estallido tenso y furioso. Teníamos conocimiento de los campos de concentración y de la *Kristalnacht* o «noche de los cristales rotos». Este pogromo, inspirado por Hitler, tuvo lugar en Alemania y Austria el 9 de noviembre de 1938: se destruyeron viviendas y tiendas judías, se quemaron sinagogas y se mató a casi un centenar de judíos. Habíamos leído y oído que en Alemania se perseguía a los judíos y se expulsaba a sus hijos de las escuelas públicas. Caminar por la calle se había vuelto peligroso.

Mi padre miraba a los reunidos y a la calle oscura y tranquila frente a nuestro apartamento. Lloviznaba contra las ventanas. Cada tanto, un coche agitaba los charcos de la calle desierta. Mi madre sugirió que escucháramos la edición en polaco de la BBC, y se inclinó sobre la radio despacio y con rigidez para mover el dial. La luz tenue del candelabro de cristal produjo un suave resplandor sobre su cara pálida y cansada. Le habían diagnosticado cáncer de colon tres meses atrás y le habían practicado una intervención quirúrgica seria; su cabello había encanecido. Me partía el alma verla tan enferma.

Mi padre, calvo y fornido, seguía de pie junto a la ventana, tocándose el bigote negro. No era habitual que permaneciera tan callado. Le encantaba contar historias, dar consejos, jugar a las cartas y hablar de iniciativas comerciales. Tenía muchos amigos, y la casa estaba siempre colmada de gente. Mi madre atraía a un grupo distinto, gente interesada en política y en arte. Mi padre no poseía la perspicacia intelectual de mi madre, pero era un hombre muy conocido, querido y respetado. Nunca lo había visto en un estado tal de desesperación, y verlo así me ponía bastante nervioso.

Sioma Malski, un estudiante de derecho alto y delgado procedente de Praga, nos recordó a los presentes que, en 1936, Alemania se había anexionado los Sudetes, la parte oeste de Checoslovaquia, sin encontrar oposición.